



## **VOLVEMOS A LA CRUDA Y ENCALADA REALIDAD ©Alfonso López Domínguez**

Apenas se han disipado el humo y las cenizas, apenas acaban de abrir otra caja de Pandora, cuando volvemos taciturnos a la cotidiana realidad de siempre. En realidad, estos malos humos tan sólo han velado durante unas semanas las mismas tiznes de cada día, y ya tenemos otra vez danzando a la neumonía asiática, al amigo Arzalluz, a los fusilados de Fidel, a los vídeos electorales... el Partido Subtropical haciendo alarde de palmeras chuchurrías, y los otros, que han puesto muchas bombillas. Así que esta semana vamos a dejar de lado la política y nos vamos a dedicar al comentario de textos, del que tanto gustan mi amigo Manolo y nuestro concejal pulguita de Galicia, Martín Asensio, mientras esperamos ansiosos a la madre de todas las encuestas y a que terminen el Edificio Múltiple, a ver esa pechá de dinero, en qué va a quedar.

Por cierto, que en relación con el impacto turístico de la Semana Santa, el sábado día 12 apareció un suplemento de un conocido diario madrileño, relativo a los Pueblos Blancos, cosa que por supuesto nos atañe, ya que algunos forman parte de nuestra serranía. El artículo rezuma un profundo desarraigo de quien lo compone respecto a la realidad que supuestamente describe. Conste que ignoro la procedencia del autor, ni viene al caso, pero cuando uno escribe de algún sitio, o bien se hace uno de ese sitio, o bien se encaja en él, como Machado encajó en Soria. Estamos pagando caro el desprecio por la enseñanza de las Humanidades, cuando lo arquetípico se convierte en exótico. No se puede ser tan saborío cuando se habla de Andalucía. Nuestros pueblos son de película, tal y como nos recuerda J. M. Caballero Bonald (a quien no quisieron en su Real Academia), en esa brillante serie televisiva dirigida por Gutiérrez Aragón.

Todo ello sin mencionar las consabidas inexactitudes, indolencias, quizás, de este tipo de crónicas viajeras. Resulta, por una parte, que el pinsapo – cómo no- sólo ha resistido aquí y en los Urales. Este tío ni siquiera se ha leído, en la revista Puente Nuevo, el magnífico artículo de Rafael Flores y Andrés Rodríguez. Resulta también que las casas se encalan desde la epidemia de fiebre amarilla que hubo en Cai, o incluso desde el tiempo de los árabes. Esto es como decir que los patios de las casas se encalan desde los tiempos de los sumerios, por conocerse un edificio construido en el área de Uruk, dedicado al dios Anu, llamado el Templo Blanco, que no sabemos si habrá sobrevivido a las bombas. Antaño, cuando no se sabía de dónde venía una cosa muy antigua, es decir, casi siempre, se solía decir: esto es del tiempo los romanos. Ahora que estamos más cultivados, y que según el PP, en España ya trabajamos hasta los moros, pues decimos mucho eso que del tiempo de los árabes, aunque la Sra. Ministra confunda islamista con integrista. Efectivamente, gran parte de la meseta española no conoce más que el adobe, del tipo de casas que hemos visto tan recientemente en los reportajes sobre Irak, por ejemplo. Nada que ver tampoco con el uso del ladrillo ni de las policromías mudéjares que aún descansan bajo el albo sudario de innúmeras capas de caliza, esperando a que modernos alarifes las descubran.

Y es que les cuesta un horror llamar a las cosas por su nombre andaluz, que es muy sencillo, y muy clarito, ya que la cultura andaluza no es sólo el logotipo de una consejería de la Junta. Qué trabajito les cuesta reconocer que esta cultura existe per se, y que para general escarnio, es tantas veces más y mejor conocida fuera que dentro de España ( a lo que el autor denomina tejas árabes se les llama tejas andaluzas en el Magreb ). La costumbre de encalar y la técnica de apagar la cal son netamente andaluzas, mediterráneas si se quiere, por obvias razones climáticas y de abundancia de materiales. Habría que recurrir al cordobés al Saqundí, quien en el siglo XII decía estas cosas de los pueblos blancos, esta vez del Aljarafe: "*Los burgos de al-Saraf, superan a todos los demás por la feliz elección de las casas y por el cuidado que los habitantes dedican tanto a su interior como a su exterior, de suerte que bajo el blanco encalado parecen estrellas en un cielo de olivares*" También podemos citar, igual que el anterior, según recopilación de F. García Duarte, del Centro de Estudios Históricos de Andalucía, a Ibn al-Hammâra, quien expresa la misma idea en un verso: "*Las aldeas de Andalucía aparecen en medio de la verdura de los vergeles como perlas (blancas) engastadas en medio de esmeraldas*". Qué lástima que estos dos autores no escriban ya en El País, borradores, aunque sea.